



## La hipocresía en el mensaje.

Por Norberto "Ruso" Vereá

Periodista

Lo primero que se me ocurre es hablar del poder terrible que tienen los medios de comunicación en la actualidad, una inserción feroz y la poca sustancia de quienes los manejan que no tienen ni idea de lo que poseen y que sólo buscan poder y dinero.

Mientras, nosotros estamos abajo matándonos, obnubilados. Hace dos años, en un contexto de país donde todos se tiraban por la borda, se armaban unos quilombos descomunales, parecía que había venido Noé y había que elegir a uno por especie, o que el agua nos llevaba a todos, y hoy ha crecido más la diferencia entre los muy ricos y los muy pobres. Pero mediáticamente está adormecido el tema y falta la propuesta de los mensajes que te ayuden y que te alerten, y encima el que dice algo está considerado un terrorista del mensaje.

¿Por qué digo esto? Porque sometemos al adolescente a los mensajes de una sociedad hipócrita, podríamos decir perversa. Hemos consumido, vivido y sufrido discursos del tipo "piquete y cacerola, la lucha es una sola", después le devolvieron la plata y hoy es "maten a los piqueteros, no me jodan más". Y los pibes ven esto, ven las generaciones de trabajadores que en este país han sido sometidas al deterioro y te dicen "¿qué querés que haga, la de mi viejo?, si él no puede sostener ni el auto que compró". No podemos hablar de los pibes sin hablar del mundo en el que viven.

El adolescente es invencible, es inmortal, el problema es mostrarle desde otro lugar lo aberrante de la situación a la que está sometido. Pero lo tenés que ayudar a pensar. Para esto tiene que haber un montón de mecanismos que comulguen para que el tipo intente hacerlo: una contención familiar, la posibilidad escolar, mediáticamente que tenga un lugar de disertación, que no sólo sea "hola, ¿cómo te va?, soy Carina, le mando un beso a Paula que está al lado mío". ¡Dale un beso si está al lado tuyo! La posibilidad de participar en serio, no tratándolo desde la problemática del "pobrecito". Todo eso te lleva a un punto donde se sale para escapar.

Es interesante cómo se concatenan los temas en torno a lo perverso. Años atrás se hablaba de la adicción como un escape, después vino la "onda". Eso es mucho más perverso, y hoy no sólo es la "onda", es perteneces o no. Y ahí también vino otra cosa que se ha distorsionado mucho: en mis tiempos, el careta era, justamente, el que careteaba, el que tomaba y no lo mostraba. Hoy el mensaje es al revés, el careta es el que no toma. Yo me tengo que poner a pensar esto. Antes estaban todos "duros" en la esquina, pasaba la vecina y para que no les mande la policía era "doña, le llevamos la bolsa"; y la señora decía: "los chicos de la esquina son unos fenómenos, los pibes de la esquina no se drogan, si a mí me llevaron la bolsa del mercado el otro día". Eso era caretear, ahora sos careta si no tomás. Fijate hasta qué lugar llega la perversidad.

Y mediáticamente tenés la imagen y los premios a los ganadores. Porque también hay una adicción a lo que se entiende por ganador. El tipo que reventaba la chequera en un barrio se tenía que mudar. Hoy, no sólo se hace la mejor casa del barrio sino que le tocan el timbre y le piden trabajo para el hijo.

Se han premiado otras cosas y se vive la falta de condena social. Entonces el mensaje está dado y es claro. Lo que se premia y los modelos que hay que seguir. Se ha perdido pudor, y el pudor es muy importante para ciertas cosas. El ruborizarse es importante. Hoy el adicto no tiene ningún tipo de rubor, y no sólo no lo tiene sino que te trata a vos de careta.

No hay condenas mediáticas para algunas situaciones. Ves la publicidad de un programa de fútbol y aparece un pibe que dice: "Racing es más que mi vieja, mi vieja se muere y punto, Racing queda"; y entre las cosas que nos llevan a esto es que el pibe ese no escuchó una condena. Que no



hay alguien que le diga "disculpame querido, ¿te viste?". No, caemos en el silencio o la complicidad.

Como decía, vivimos en una sociedad con una gran cuota de hipocresía y de irresponsabilidad por parte de cada uno de nosotros. Nadie se hace cargo de nada, psicológicamente decir "hacerte cargo" es jodido. Este es un país que ha ayudado a eso del "yo argentino". Y después vienen la frases "¿qué?, ¿te drogas Ricardito?", y resulta que el pibe se chocaba con los muebles a las seis de la mañana, no hablaba, tenía los ojos rojos, se pasaba dos días durmiendo. Nos lavamos las manos.

Y dentro de los modelos tenemos que sumar la hipercompetitividad. Los pibes viven sometidos a presiones. Va a una escuela de fútbol, lo presionan los padres, las madres, los entrenadores, los propios compañeros. Todo en pos de lo que se entiende el éxito. Y después nos sorprende que el pibe saque cayos en los dedos de estar sentado con la maquinita frente al televisor: "ahí si pierdo no pasa nada, nadie me va a decir nada si me equivoco, a lo sumo si pierdo mañana tengo revancha".

A esto le tenemos que agregar el poder del mercado que, en el caso de la música, te "taladra" con la repetición. La expresión de los pibes ha quedado restringida. Antes había más nichos donde podías escuchar diferentes tipos de música, la alternatividad ha quedado restringida y una vez que el mercado convierte algo en masivo, lo define como lo popular.

El adolescente vive en el riesgo porque construye desde ahí la posibilidad de seguir creciendo "dejame que yo me golpee, no me rompás...". Tenemos que poder decirles a los pibes "pará", por lo menos un soplamoco discursivo. ¿O acaso uno no ha recibido un freno de tu viejo, de un primo, de algún amigo? Alguien que te diga "pará, yo no pateo la calle así, conmigo no". Me refiero a que, con ayuda de tu entorno, cada uno puede ocupar su lugar de una mejor manera.